

Lo que ahora sé sobre la inclusión



Por DeeAnne Cantley Feulner, Atlantis, FL

Lo que sabía antes de asistir a la Conferencia para Padres del PEAK se podría haber resumido fácilmente, así como mis opiniones y mis argumentos a favor de la inclusión. Eran algo como “Los niños con necesidades especiales necesitan estar con otros niños que representen un modelo de comportamiento adecuado para su edad. Porque eso es lo correcto.” Como profesora he opinado de esta forma desde hace mucho tiempo. Y mis convicciones, aunque imprecisas, sólo aumentaron cuando mi hijo, Jackson, entró en mi vida.

Debo admitir que mis opiniones elementales no cambiaron tras asistir a la conferencia, pero mis convicciones y mi pasión sí que lo hicieron. Verán, ahora creo en lo que digo con toda mi convicción. Ahora me doy cuenta de que la inclusión es el derecho de mi hijo, no algo que se debe proponer sólo para ser bueno o humano. También sé que conformarse con cualquier otra cosa que no sea la verdadera inclusión pone límites a mi hijo. Asimismo, estoy consciente de que es una lucha larga que debo defender no sólo por mi propio hijo, sino también por aquellos que vendrán a continuación. Y, lo que es más importante, la inclusión puede funcionar y, de hecho, funciona.

Los niños con discapacidades merecen estar en una clase inclusiva, no aislados en un aula trasera del colegio donde se rebajan las expectativas y los niños sean devaluados y abandonados en el camino hacia el equivalente social actual de la lepra. Los colegios deben considerar a cada niño como un individuo (una idea novedosa) y no etiquetarlos, en algunos casos, incluso antes de nacer. Hasta que a un niño se le da la oportunidad de estar en una clase tradicional, no solo “visitarla”, no podemos conocer las capacidades del niño. La diferencia entre ambas se ha descrito de la siguiente forma: **“la incorporación es invitar a un niño a visitar, cuando la inclusión es pertenecer”**. No cuantificamos la necesidad o el derecho de cualquier otro niño de estar en una clase en particular o de tener acceso a un conocimiento específico. No decimos **“Vaya, nunca usaré esto otra vez”** o **“No sé qué sacaré de esto”** y después lo utilizamos como excusa para excluirlo.

¿Qué hay de esas lecciones igualmente importantes, y que no han perdurado, aprendidas en las clases tradicionales? Lecciones como: cómo llevarse bien y trabajar con otros, qué es aceptable y qué no, cómo trabajar según expectativas mucho más acordes con las expectativas del mundo real. Es en estas clases, con currículos completos y ricos e interacciones sociales, donde los estudiantes aprenden a reconocer sus debilidades y sus fortalezas, así como lo que les interesa.



¿Por qué es aceptable suavizar esa experiencia para nuestros hijos? Pero este es el trato que reciben los niños con discapacidades todos y cada uno de los días en este país, en este estado, en vuestra escuela.

Yo, como la mayoría de los padres de niños con discapacidades, me digo a diario que “No voy a limitar las habilidades de mi hijo. Nunca asumiré que el no puede o no hará _____” (rellene usted el espacio). Asimismo, cada día nuestros hijos nos asombran por lo que hacen, lo que comprenden y lo que consiguen. Lo decimos, lo creemos y amamos a nuestros hijos. Aún así, imponemos expectativas en nuestra mente y casi a diario ellos las superan. Nunca conoceremos las verdaderas capacidades de nuestros hijos a menos que les concedan el mismo acceso a la educación.

Los defensores de la inclusión nos dicen que un buen estudiante con una discapacidad ya no puede ser considerado una anomalía o una historia de éxito del aislamiento. En los colegios donde la verdadera inclusión existe y funciona hay miles de historias increíbles con muchos tipos de éxito. Permitiendo que nuestros hijos sean segregados, limitamos nuestras expectativas. El mensaje es alto y claro para el niño.

Durante la conferencia, estuve con personas que no solo creen que la inclusión funciona, sino que viven con ella cada día. Conocí a profesores y administradores que trabajan en colegios inclusivos. Saben que funciona porque lo ven cada día y no funcionan sólo para estudiantes con discapacidades, sino para todos los estudiantes de ese colegio.

Conocí a jóvenes adultos que son ejemplos del éxito y la productividad de lo que la escolarización inclusiva. Que recuerdan el momento en el que todo comenzó realmente para ellos, cómo los cambió para siempre y cómo cambió la forma que tenían de verse a sí mismos. Como profesora, encontré esa experiencia verdaderamente emocionante.

También me encontré a mí misma buscando retos y logística para el proceso evolutivo de convertir un colegio en inclusivo. Comencé examinando todos los cambios que deben tener lugar antes de que el colegio SEA inclusivo y no solo los que le ofrecen a los padres-dolor-de-muelas para que se callen. Como madre de Jackson, estaba avergonzada de haber dudado de si la inclusión era algo mutuamente

beneficioso. Ya que dudar de eso significa que dudo de la habilidad de mi hijo para ofrecer algo a otro ser humano.

Estos profesores, estudiantes y administradores, así como los consultores que trabajan con ellos, le dirán que este viaje hacia la educación inclusiva no es sencillo. Conlleva mucho trabajo por parte del personal del colegio, de los padres que se esfuerzan por conseguirlo y, más importante, por parte de los niños de la clase que deben trabajar duro cada día. Pero también añadirán rápidamente otros dos puntos: primero, las recompensas doblan con creces el esfuerzo; y segundo, en cualquier colegio donde la inclusión existe y funciona, los profesores pueden nombrar al padre que está en la vanguardia, el que ha servido como catalizador del cambio. Gratificante, ¿verdad?

Por último, y quizás lo más destacable, si no se incluye a nuestros niños en las clases habituales y se los excluye de la comunidad escolar, ¿por qué deberíamos esperar que fueran incluidos en la siguiente comunidad: la vida? Si permitimos que excluyan a nuestros hijos año tras año, colegio tras colegio, se establece un círculo que no tendrá fin.

Cuando los segregamos del resto de la población año tras año enviamos este mensaje silencioso, pero poderoso, a otros niños sobre personas con discapacidades. El mensaje se incrusta profundamente en las mentes de esos niños cuando se convierten en adultos. Después nuestros niños, ya adultos y casi como si fueran invisibles, son excluidos.

Por el contrario, si los niños con discapacidades se incluyen en la comunidad escolar, sentirán que pertenecen, porque pertenecen. Si podemos romper el ciclo, podemos cambiar el resultado. Ahora imagine colegios donde se incluya a nuestros hijos. Donde no necesitan demostrar que merecen sentarse en una clase, recibir información y participar en la conversación. Donde las adaptaciones se hagan para asegurar que puedan aprender, no al mismo ritmo que cualquier otro niño, pero donde estén aprendiendo y participando y prosperando. **Puede ocurrir, ¡puede funcionar! Tan sólo tenemos que creer que se puede y permanecer firmes y unidos por el derecho de nuestros hijos a ser incluidos.**

Fuente: [Artículo de Down Syndrome News, Vol. 27, Nº. 3](#)

Traducción realizada por Sara Ortega dentro de la iniciativa PerMundo, con ayuda de la agencia de traducción Mondo Agit.

Nota del editor: la señora Feulner es la madre de un niño de dos años con síndrome de Down. El PEAK es el Centro de Formación e Información para Padres de Colorado y celebra cada enero una Conferencia sobre Educación Inclusiva y Reforma Escolar en Colorado.

Foto: Revista Ecola Abril